

Eurocentrismo y arabismo

Seraffn FANJUL

"Es como si estuviéramos hablando con nosotros mismos,
con los convencidos, casi a todas horas."
(R. Hoggart, *Literatura y sociedad*)

Es una profesión extraña. Hasta la denominación choca: ¿arabista? Y el interlocutor recién presentado estira la nariz, arquea las cejas y queda con los ojos perplejos, suspenso por la sorpresa. En el peor de los casos -frecuente- aludirá a la inencontrable chilaba de nuestro vestuario, a las cuatro mujeres, porque el conocedor a fondo nunca falta: una visita turística de seis horas a Tánger en el transbordador de Algeciras da para mucho. Es de suponer que sensaciones parejas han de vivir (eso sí, sin menciones de mugres y chilabas) quienes se atrevan a declararse escritores, filósofos o investigadores: a algún que otro probo trabajador del Consejo de Investigaciones Científicas lo clasifican en su censo como detective. En fin, unos y otros componemos esa ignorada grey, de veras marginal, que no especula con el suelo, ni construye puentes ni crea nuevas variedades de trigo. Y el arabista enmudece sin osar contradecir las explicaciones que el interlocutor le ofrece sobre la guerra Irán-Iraq, sobre la verdadera solución del problema de Melilla o acerca del indiscutible origen árabe del vocablo "alameda", pues por algo comienza por "al". ¿Por dónde empezar?

Mientras el arabista asiente a todo, desconecta de la conversación y rumia su biografía entera, la de su tribu -los otros arabistas- y la de la suma de taifas semianalfabetas que componen España, maldice el tener un apellido infrecuente ("Eso será árabe, ¿no?") y, ya más científicamente recuerda que a la postre él no es sino el penúltimo eslabón de una cadena que se inició en plena Edad Media con la reincorporación del país a la Latinidad, con la vuelta al seno de la mamá latina a la cual, por cierto, él profesa profundo amor filial, casi edípico: ¿Cómo aventurarse a sugerir al interlocutor, ya lanzado ("los moros, todos maricones, ya se vió en la guerra") que él se divierte leyendo a Claudio Eliano, a Apuleyo, o los grafitos amatorios pompeyanos? Hay límites que ni siquiera un arabista puede traspasar. Y piensa que no es el único cuyos temas de estudio, sus trabajos cotidianos, no están de rabiosa actualidad, al ritmo de hoy, viste como quieras. Pero no le consuela nada rememorar la fea encuesta: la mitad de los españoles jamás leerá un libro y la otra mitad -tal como van las cosas en Educación, Cultura, etc.- está a pique de también quedar inmunizada contra el virus de la palabra, sobre todo de la escrita, su variante más dañina. Y no le consuela porque sabe que en todos los repartos editoriales, de índices de lectura, de ayudas, becas, puestos, planes de estudio, a él y los suyos se les

reserva el papel de florero cada vez que el ente autonómico Equis decide inventarse un *pedigree* exótico, entre la demora *sine die* de la reforma agraria y la próxima quiebra de la Supercaja de Ahorros Hache.

El interlocutor, un punto amostazado por tantos monoslabos, acaba conminando: "¿Es que no está usted de acuerdo conmigo?". Y el arabista, ante la amenaza de toda la hueste de Santiago cerrando sobre él, prefiere que quede sentada su ignorancia frente al bien informado lector de periódicos; mejor eso que arrostrar los peligrosos vericuetos de aclarar que Irán no es un país árabe, que Bagdad no es su capital o que decir Yomeini o Sájara es una gilipollez, se mire por donde se mire.

Ya a solas, el arabista, curtido en un largo catecumenado de sufrimientos y en su permanente ceremonia de iniciación, revisa, masoquista él, su colección de perlas, entresaca algunas y se extasía: "lo malo no vino con los árabes rubios de ojos azules, con la saga de los Omeyas, sino con sus acompañantes africanos"¹, que para encetar el bollo no está mal; "desde que los baazistas trasladaron a Bagdad el califato que hasta entonces había tenido su sede en Damasco"²... La emoción es demasiado fuerte, resuelve abandonar. Maquina escribir una carta al diario, mas la duda le consume: ¿merecerá salvarse de la papelera informar al avezado pendolista que el partido Baaz fue fundado en pleno siglo XX por un cristiano sirio y que la sede del califato fue trasladada de Damasco a Bagdad en el año 756 de J.C. por los abbasíes? ¿Es que decir baazistas es tan diferente de abbasíes? ¿Es que lo suyo pasa de ser una puntilliosidad ridícula de erudito cascarrabias? Como si milenio arriba o abajo importase algo, inmersos como estamos en la cultura de la imagen. El temor a la papelera atenaza sus manos, luego las encamina a la cocina, para combatir la depresión zampándose un bocadillo de chorizo: ("usted, siendo arabista no comerá cerdo, ¿verdad?").

Cuando a fines del siglo XVIII Napoleón lanza la campaña de Egipto, un pequeño ejército de científicos de la época le sigue, iniciándose así el contacto directo masivo de filólogos, arqueólogos, naturalistas europeos con territorios sobre los cuales inexorablemente se cernirá la futura expansión colonial en el Mediterráneo. De los gabinetes y laboratorios pasan al contraste con la realidad. Y a medida que la penetración política y militar de Francia e Inglaterra profundiza en esos países, se va desarrollando el arabismo contemporáneo: se crean revistas científicas, cátedras e institutos de estudios orientales (en los países *protegidos* o colonizados y en las metrópolis respectivas); se envían misiones científicas y se conceden becas y ayudas a indígenas aventajados que, más adelante, serán útiles peones en la estrategia de influencia y absorción. El arabismo participa decisivamente en el contacto

¹ *La Voz de Galicia*, 3-9-1981

² *El País*, 14-5-1986

entre culturas. Y aunque la idea animadora inicial fuese mejor conocer para mejor dominar, no siempre los resultados son los buscados: los científicos acaban identificándose en mayor o menor medida con los objetos de su estudio, aunque hoy en día sea irrelevante que algunos iniciadores -no digamos las sucesivas generaciones- fuesen o no conscientes de la instrumentalización que se hacía, o se pretendía hacer, de sus trabajos y conocimientos en las más diversas ramas (Etnografía, Filología, Historia, Literatura, etc.). Aquellos investigadores cumplieron su papel y es preciso resaltar que, gracias a su esfuerzo, entre escasez de medios y técnicas de la época, ahora contamos con un caudal inmenso de materiales (publicados o no), con escuelas de estudio en las cuales ya se contabilizan varias generaciones y de cuya buena fe global no es lícito dudar.

A finales del siglo XIX, las potencias coloniales con intereses en la zona (Francia e Inglaterra, sobre todo; y Alemania que aspira a incrementar su influencia a través del Imperio Otomano) disponen ya de escuelas de arabistas con una larga tradición y con una vastedad de campos de estudio que no excluye temas ni áreas geográficas. En lo que respecta a España, el fenómeno es más tardío (el raquítico colonialismo español sobre Marruecos no se concreta hasta principios del siglo XX y, desde luego, actúa a las órdenes de Francia e Inglaterra) y, especialmente, es más complejo. España sólo tiene un reducidísimo ámbito de acción colonial en los países árabes, pero, en cambio, cuenta en su haber una peculiaridad histórica atípica en Europa, con la excepción del pequeño caso paralelo de Sicilia: una parte importante de su propia historia nacional ha sido compartida con el Islam. Esta característica va a marcar la pauta principal en la línea de los estudios árabes españoles: al-Andalus será el eje casi exclusivo en torno al cual se construirá la minúscula y compacta tribu de los arabistas españoles, los Banu Codera.

A los factores ya reseñados se suman en nuestro caso otros secundarios pero que, como un inoportuno Guadiana, resurgen de cuando en cuando: la maurofobia latente en la sociedad y la cultura dominante coadyuvan a ignorar aquellos campos de estudio no relacionados directamente con al-Andalus y a los cuales no se puede adjetivar como hispanoárabes, arábigoandaluces, andalusíes, etc. Y sin embargo, algunos de los más lúcidos y destacados arabistas españoles de este siglo han dado muestras de un espíritu abierto y universalista que, por razones diversas, no ha sido debidamente comprendido y menos aún seguido, caso de Asín Palacios y del mismo E. García Gómez cuyas declaraciones en este sentido son paradigmáticas, v.g.: "...la sucesión ininterrumpida de una asociación científica libérrimamente mantenida, sin obligaciones que maniaten y con ideales siempre nuevos y en la práctica ilimitados. Porque nada de ello es incompatible con la tradición que viene de Codera (...). No vaciléis en no anquilosaros y en dedicaros a las especialidades

a que os llame vuestra vocación, porque en esa multiplicidad y diversificación está la fecundidad de nuestra labor"³.

El otro factor que ha inducido al arabismo español a encerrarse sobre sí mismo construyendo su terreno, es el funesto hábito, no achacable a nadie en particular pero actuante -y que no atañe sólo a los arabistas sino a todos los campos de estudio que lo permiten de carecer de curiosidad intelectual hacia aquellos fenómenos humanos ajenos al ombligo del mundo: España (¿Por qué no tenemos especialistas en Germanística, Eslavística, Anglística, etc. de talla internacional, del mismo modo que hay hispanistas alemanes, rusos o ingleses?). Y se olvida que cuando este país desempeñó un papel a escala universal -pese a sus yerros e insuficiencias- desarrolló una amplísima labor de conservación y estudio de otras manifestaciones culturales que sin los Sahagún de turno se habrían perdido, como fruto -paradójicamente- de la misma colonización americana, pues a ella nos referimos: lenguas enteras, códices, tradiciones, recuerdos históricos, etc. En la actualidad, el particularismo hispano -y esto ya no es en modo alguno responsabilidad de los arabistas- tiende a una nueva fase de repliegue: las comunidades autónomas, en un esfuerzo loable en parte, promueven los estudios y trabajos regionales y locales, dignos y aprovechables en sí mismos, pero con la impronta generalizada de excluir cuanto no sea local.

Bien es verdad que la consideración instrumental y subsidiaria de los productos culturales árabes (Literatura, Historia, Filosofía), es decir estimar su interés sólo en la medida en que tengan relación, de uno u otro modo con nosotros, no ha sido exclusiva de los españoles. Como correlato de las circunstancias históricas que alumbraron su nacimiento -la colonización ya señalada- el arabismo occidental tampoco ha estado exento de visiones paternalistas, instrumentalizadoras y eurocentristas: una obra literaria, un filósofo, una crónica histórica tendrían mayor o menor importancia según lo que hubiera *influido* en nuestras propias Literatura, Filosofía o Historia, pues se partía del axioma de que la europea era la vara indiscutible -y única- para medir otras culturas. Y en la medida en que éstas se alejasen del modelo europeo, serían paulatinamente más y más bárbaras, con lo cual la intervención civilizadora estaría más justificada. Esta coartada, ingenua en su brutalidad, no es nada nuevo, ya Mártir de Anglería, a principios del siglo XVI, convertía en metafísicas las razones de la expansión mediterránea, el *manifest destiny*, de España, cuando el curso de su embajada a Egipto se descolgaba afirmando: "...por qué esta raza bárbara y salvaje de hombres nos tienen desde su origen en tan poco y por qué razones piensa este pueblo grosero desprovisto de toda clase de virtudes, encenagado en la liviandad, enredado en errores detestables,

³ *Al-Qanṭara*, III, 1986, p. XII

privado totalmente de razón"⁴. Y tales argumentaciones no se legitiman por el hecho, innegable, de que los musulmanes de la época mostrasen la misma incomprensión respecto a otros pueblos aún *más bárbaros* (negros, asiáticos) o respecto a los mismos europeos: las diferencias culturales, exacerbadas en la inferioridad tecnológica, han sido uno de los pretextos más útiles y cómodos para el dominio de otras sociedades, en todas las latitudes y momentos históricos. Porque como establece M. Eliade "desde hace algún tiempo las investigaciones de orientalistas y etnólogos han demostrado que existían y aún existen, sociedades y civilizaciones altamente dignas de aprecio, si bien no reivindicaban ningún mérito científico (en el sentido moderno de la palabra) ni predisposición alguna para las creaciones industriales, han elaborado pese a todo, sistemas de metafísica, de moral e incluso de economía perfectamente válidos"⁵.

Mas volviendo a España, podemos estimar que el panorama presente de nuestros estudios árabes es más que bueno. No sólo se ha multiplicado por cien el número de profesionales del arabismo, con las aportaciones nada desdeñables de personas procedentes de otras actividades, además la profundización y diversidad de las materias es una realidad. Jóvenes licenciados proyectan sus trabajos y sus vidas fuera de la Universidad o la investigación pura. Comercio, administración, diplomacia, periodismo son también terrenos abiertos. Y pueden serlo más en el futuro con un mejor aprovechamiento de los recursos que el Estado dedica a formar a estas nuevas generaciones.

Mas los problemas generales de España afloran de continuo: la situación de las ya nutridas promociones egresadas de nuestras Universidades dista mucho de ser satisfactoria. España, país eternamente joven por el que no pasa el tiempo: si la reforma agraria o la alfabetización general eran urgencias acuciantes, que no se podían posponer, hace un siglo, hoy día continúan las mismas carencias y desatinos mostrando su lozanía, su sempiterno aplazamiento. De modo paralelo, una parte de nuestros alumnos mejor dotados vive la frustración que a principios de siglo denunciaba Julián Ribera: "Hemos instituido cátedras de Arabe en nuestros grandes centros de enseñanza, con tal organización, que los alumnos, convencidos de que lo que aprenden les ha de ser completamente inútil, desertan con horror, sin tomar el gusto a estas aficiones"⁶. Y, por supuesto, carece de sentido buscar responsabilidades individuales cuando es la estructura general de la Universidad la que falla: el predominio de la burocracia sobre la docencia, de las argucias administrativas sobre el estudio, de las oportunas visitas al Ministerio sobre el trabajo desnudo. Pero las gracias y desgracias generales de la Universidad son otro

⁴ *Legatio Babylonica*, Valladolid, 1946, p. 210.

⁵ *Herreros y alquimistas*, Alianza-Taurus, Madrid, 1974, p. 14.

⁶ *Disertaciones y opúsculos*, II, p. 397

asunto, aunque también en ese marco haya que entender las insuficiencias del arabismo tradicional.

Más arriba esbozábamos las bases ideológicas, la fundamentación del pretexto, con que la España imperial justificaba su expansión mediterránea a través de Mártir de Anglería, uno de sus servidores; pero no fue nuestro país el único que a lo largo de las edades Moderna y Contemporánea proyectó y llevó a cabo un intento colonial, como es de sobra sabido: cuantas potencias europeas tuvieron la oportunidad, desarrollaron similares planes expansionistas y -a su vez- teorizaron en procura de la indispensable legitimidad histórica y moral que, al menos ante sus pueblos, sirviera a tales designios.

En el plano cultural e ideológico -que es el que aquí nos interesa- no vale la pena extenderse mucho enumerando de modo exhaustivo la interminable lista de deformaciones, manipulaciones informativas, incomprensión (incluso de buena fe) o falta de respeto a los colonizados que denotan los escritos, las relaciones de viaje, de quienes durante el siglo XIX entraron en contacto con las culturas africanas o asiáticas. El ramalazo racista, en sentido estricto, puro, que proclama sin ambages ni remordimientos un personaje como Stanley al hablar de las negras⁷, se corresponde en la misma época con los denodados esfuerzos con que un cardenal Lavigérie -sostén espiritual y brazo teórico de Francia, heredera de España- intenta recristianizar a los norteafricanos para facilitar su absorción colonial, con lo cual la historia musulmana de esas tierras habría venido a ser un incómodo interregno que más valía olvidar. Y de modo providencial, aunque no fortuito, acudía en apoyo de sus tesis la utilización de textos árabes, en concreto de fragmentos de Ibn Jaldún, que servían para arropar la obra "civilizadora" de Francia al contrastarla con los desastres, reales o no, que el historiador tunecino achacaba a la invasión hilalí del siglo XI y, en general, a los árabes o -más exactamente- a los nómadas⁸. Ya Lacoste demostró la extrapolación de pasajes, las generalizaciones sacadas de contexto, a que se sometieron las páginas de Ibn Jaldún y si citamos este caso es por cuanto subsume de paradigmático en la visión eurocéntrica de otras sociedades: para declarar sus tierras como no pertenecientes a nadie, se empieza por negar el derecho mismo de esas comunidades humanas a organizarse social y culturalmente como mejor les cuadre. El mecanismo de manipulación ideológica se basa por lo común en el cotejo de elementos culturales aislados, separándolos de su contexto, privándoles de su función y significado en el medio en que se originaron, abocando por necesidad a la distorsión y condena final (o previa) de cualquier institución o manifestación cultural ajena. Por ejemplo, si se compara el matrimonio cristiano tipo, en

⁷ Stanley, H.M., *Viaje en busca del Dr. Livingstone al Centro de Africa*, Anjana Ediciones, Madrid, 1981, p. 63.

⁸ Sobre todo ello, ver Y. Lacoste, *Ibn Khaldoun. Naissance de l'histoire passé du Tiers Monde*, Ed. Maspéro, París, 1973, pp. 89-90.

Europa, con el "precio de la novia" vigente en otras sociedades (la islámica, v.g.) se simplifica el problema y entre vulgarizaciones mal documentadas y jocosos comentarios o comparaciones con las cabras, las camellas, etc. se desenfoca el papel real que tal institución cumple: proporcionar una compensación económica a la familia de la mujer cuya fuerza de trabajo va a redundar en beneficio del marido y su clan, en tanto los costes de manutención y educación durante la infancia y pubertad (edades no productivas) quedan del lado de su propia gente; al tiempo, los bienes que una familia cede a otra a cambio de su hija, sirven a estos últimos para la "adquisición" de mujeres para sus propios hijos. La interpretación peyorativa de estos intercambios no es consustancial a los mismos: la ponemos -si queremos- nosotros, bien por frivolidad, bien por desconocimiento e incluso, por mala intención, como puede ser la mencionada pretensión de justificación colonial.

Pero el eurocentrismo no debe ser una coartada, un bálsamo que enjague todas las responsabilidades ajenas, que nos impida hasta el mero ejercicio de la crítica o el estudio de otras sociedades si no nos presentamos ante ellas de rodillas y pidiendo perdón por los actos de nuestros antepasados. Demos la vuelta al argumento, no para legitimar iniquidades pasadas sino para no ocultar las presentes, las cometa quien las cometa. Y en este sentido fuerza es admitir que sólo en la cantidad (por disponer de "mejores" medios destructivos o de coerción) difieren los abusos o crímenes perpetrados por unas u otras sociedades.

El eurocentrismo se presta demasiado a críticas facilonas, a denuncias oportunistas en que el tono maniqueo es rey, como para renunciar a someter a revisión algunas de las más encendidas diatribas que ha suscitado. Entre los españoles actuales tal vez quienes más se han destacado en la denuncia del eurocentrismo han sido R. Sánchez Ferlosio con sus ataques -desmedidos y nada originales, a nuestro juicio- a la colonización de Indias, y J. Goytisolo que suele basar su defensa de árabes y musulmanes más en los defectos de otras sociedades que en las virtudes de la que apoya. Dejando el caso del primero aparte por cuanto comporta de ese peculiarísimo sentido hispano de autodestrucción (que diríase sello especial de nuestra cultura) cuando no de afanes protagonistas que distraigan la atención y quiten la vista de otras actitudes menos éticas del novelista, centraremos nuestro comentario en algunos textos de J. Goytisolo, cuya buena intención no ponemos en duda. Mas quizás no sea suficiente la buena intención.

Comienza el escritor con una *desiderata* que la perspectiva temporal - escribía en 1978- ha demostrado optimista, si no errónea de plano: "Prácticamente liquidados los últimos resíduos del colonialismo político y la intervención militar directa de las viejas metrópolis europeas y el imperialismo

americano en Asia, Africa y América Latina"⁹. Para pasar a continuación a un asalto apasionado, fruto del entusiasmo, contra nuestras culpas pretéritas: "España fué el primer país moderno que "resolvió" de modo tajante el problema de las razas, acosando, persiguiendo, robando y expulsando por fin masivamente a moros y judíos, a fin de proteger la pureza sin mácula de la casta mayoritaria"¹⁰. No parece que el análisis histórico apunte hacia una búsqueda de pureza racial sino más bien hacia una uniformización política precisa para los estados absolutistas entonces en formación en Europa y es indiscutible que la heterogeneidad multiconfesional, más que la "racial", se oponía frontalmente a tales proyectos. Veámoslo con ojos de la época y en el contorno en que surgen esos estados: la existencia de minorías numerosas (caso de los moriscos, a cuyo peligro había de agregarse la expansión mediterránea otomana), o de grupos reducidos pero de alto poder e influencia económicos (caso de los judíos) eran obstáculos serios para la consolidación de estados absolutos. De ahí su erradicación. Que ésta estuviera reñida con la ética no lo discute ya nadie, ni siquiera a base de pretextar salvar las almas de los infieles, pero acciones semejantes se dieron y se han dado en Europa y - también- en estados islámicos. Más no anticipemos argumentos.

Las guerras de religión europeas que duraron hasta muy avanzado el siglo XVII nos documentan el intento de reforzar los estados constituidos mediante la persecución de los discrepantes, minorías religiosas sobre todo. Protestantes y católicos sufrieron por igual según países y momentos, la presión, el destierro, la muerte (Inglaterra, Francia, Suiza, Alemania, España fueron inmisericordes con las sectas minoritarias) sin que el componente racial interviniera en modo alguno, puesto que se perseguía a los propios conacionales.

Pero hay más. La tolerancia religiosa, o más bien la pluriconfesionalidad, que es un logro posterior al Renacimiento, no siempre significa progresismo o móviles progresistas. La penetración de sectas protestantes auspiciada -y, literalmente, pagada- por la CIA norteamericana en Iberoamérica nos ilustra bien sobre la instrumentalización que puede hacerse del sentimiento religioso, con fines tan poco defendibles como atomizar una sociedad en grupúsculos permanentemente enfrentados por un problema secundario, en el plano objetivo, como es la confesión religiosa: el caso del Líbano es bien expresivo al respecto. Y aún a riesgo de incurrir en pecado mortal de lesa progresismo

⁹ *Libertad, libertad, libertad*, Anagrama, Barcelona, 1978, p. 109. Obviamos, por no salirnos del tema, la enumeración exhaustiva de acciones militares habidas de entonces acá, pero baste recordar los nombres de Chad, Granada, Malvinas, Nicaragua, Panamá... para comprobar, una vez más, que la época de la coacción por la fuerza no ha terminado.

¹⁰ *Ob. cit.*, p. 120.

afirmamos que la unificación -insistimos- más política que religiosa acometida por los Reyes Católicos y continuada por sus sucesores ahorró a España gravísimos conflictos internos que aún coleean en países como Turquía, por ejemplo. Y en los cuales a la postre se acudió al mismo procedimiento vituperable y brutal: la expulsión y exterminio de los armenios son cuidadosamente olvidados por J. Goytisolo. Tampoco le suena la poco edificante práctica otomana de esclavizar a sus propios súbditos, tal como ocurrió durante la revuelta kurda de 1847: mujeres y niños yazidíes y nestorianos fueron apresados y vendidos en la región de Mosul-Diyarbakir¹¹.

Podemos -y debemos- con Goytisolo reivindicar los valores de otras razas y culturas, su legado y participación en el acervo humano común, pero si queremos ser consecuentes, despojados de complejos por acontecimientos del pasado en los que no intervinimos, habremos de llevar hasta sus últimas consecuencias la estupenda declaración que el escritor hace: "Ser tercermundista es poseer la capacidad (bastante difícil, a lo que parece) de abandonar la perspectiva eurocéntrica de los hechos, y medir con el mismo rasero los actos y empresas de los blancos y de los chinos, hindúes, árabes o negros"¹². En efecto, apliquemos el mismo rasero y tal vez convengamos en que la historia de la infamia es -como sugirió Borges- universal y de ella no se salva nadie. En cualquier caso, rechazamos la autoflagelación unilateral si al mismo tiempo los "tercermundistas" (ese vago término que engloba lo mismo a bonaerenses que a malayos) no se apean del victimismo eterno y realizan su propia autocrítica, algo que se echa muy en falta en la sociedad árabe dominante, sin eludir sus responsabilidades y sin utilizar las ajenas como medio de justificar cuantos errores -por decirlo suavemente- sólo ellos cometieron o cometen. No incurriremos en el simplismo, o simpleza, de hacer tabla rasa de todos "los occidentales" o todos los "tercermundistas", como si fueran grupos homogéneos. No se pueden formular acusaciones, ni defensas, globales: "¿Quién creó la Inquisición?, ¿quién expulsó a centenares de miles de judíos y moriscos?, ¿quién borró del mapa los pueblos indios del Caribe y de América del Norte?, ¿quién aniquiló las civilizaciones maya, inca, araucana?, ¿quién estableció la trata de esclavos negros para reemplazar a la desdichada mano de obra india? - la civilización europea cristiana- (...) ¿quién originó las dos guerras más bárbaras y mortíferas de la Historia?, ¿quién realizó el exterminio de varios

¹¹ Ver E.R. Toledano, *The Ottoman Slave Trade and its Suppresion*, Princeton, 1982, p. 16.

¹² *Ob. cit.*, p. 115.

millones de judíos?, ¿quién arrojó las bombas de Hiroshima y Nagasaki? -la avanzadísima raza blanca-"¹³.

Uno, que nunca dio mayor importancia al color de su piel, de repente se encuentra por vía de pigmentación cutánea responsabilizado de la bomba de Hiroshima, pese a haber nacido un mes más tarde de su lanzamiento por una potencia militar determinada y mediante orden de un presidente que también tenía nombre y apellido. Y si no nos solidarizamos, en ninguna medida, con los culpables, no se entiende por qué hemos de repartir con ellos las cargas éticas, en especial si ellos no compartieron con nosotros las ganancias materiales, que las hubo. El silogismo sería: la raza blanca tiró la bomba atómica; es así que yo soy blanco, luego yo tiré la bomba atómica. ¿Se nos podrá tildar de eurocéntricos por no apuntarnos entusiasmados a esta manera de razonar?

El conocimiento de otros grupos humanos -una de las utilidades reales del arabismo- no sólo nos sirve para relativizar los valores y axiomas indiscutidos de nuestra sociedad, también nos enfrenta -a fuer de sinceros- a una conclusión pesimista sobre la naturaleza humana y la regularidad abrumadora con que se reproducen los comportamientos en lugares y momentos lejanísimos. Aunque también podemos albergarnos en la cálida falda del maniqueísmo: admitiendo, de modo más o menos descarado, la inferioridad de árabes, indios, negros, etc. para justificar el expolio de sus riquezas, su estado de miseria y la impresentable alianza, tácita o expresa, con los grupos dominantes de esos países; o bien, reduciendo cuantos males aquejan a esas sociedades a factores externos, ignorando los endógenos y jaleándoles a continuar por el mismo camino, aunque al hacerles tan flaco favor nuestra ética ande por los suelos. ¿Cómo dar con el justo medio, el punto de equilibrio en que confluyan respeto y crítica honrada? ¿Se nos entenderá rectamente o, una vez más, opiniones como éstas sólo servirán para reforzar la coartada de la defensa contra el eurocentrismo?

No querríamos entrar en la enumeración de una casuística sistemática de crímenes paralelos en distintas sociedades, pero quizás no sobre refrescar la memoria, empezando por hablar de nosotros mismos. Nuestras culpas, las primeras: sabidas son las mortandades y sevicias perpetradas por españoles a lo largo de la colonización americana (empalamientos, aserramiento en dos, garrote, trabajo forzado en las minas, lo que significaba condena a muerte a corto plazo y un largo etcétera), pero ¿desollar vivos a los prisioneros chancas o yungas por cientos, por miles y rellenar los cueros con ceniza, como nos

¹³ *Ob. cit.*, p. 112.

refieren Pascual de Andagoya o Cieza de León¹⁴, está legitimado por ser el poder incaico el autor? ¿Es que la condición de autóctono autoriza o, al menos, debe inducir al olvido de tales prácticas? ¿Es que los crímenes de un conquistador extracontinental (los Incas del Cuzco eran tan foráneos para los cañaris o los chancas como los europeos) son moralmente peores que los de un conquistador indígena? Y por cierto idénticas noticias sobre despellejados recoge Ibn Battūta¹⁵ en la India, obra de musulmanes, si bien desollar seres humanos y usar sus pieles está mal visto por los medios jurídicos de esta confesión, sobre todo si las víctimas son también musulmanes, pero si no lo son puede haber opiniones¹⁶.

Releer nuestra historia, en directo sobre los textos, nos documenta la degradación y bajezas que soportaban por motivos diversos los españoles componentes del estado llano: vergüenza pública, azotes, coraza y destierro; enmelar y emplumar a prostitutas, alcahuetas, hechiceras, ladronas¹⁷; corte de miembros¹⁸ así como una amplia gama de suplicios cuyo detalle resulta innecesario a la vista de los ejemplos aducidos. Pero veamos cómo actuaban los contemporáneos del otro lado del mar. No para justificar un crimen con otro, sino para situar en su contexto histórico "nuestras" iniquidades y para no resbalar hacia esa cómoda dicotomía de victimistas y victimarios: "Cortaron (los turcos) miserablemente a cuatro cristianos las orejas y narices hasta el caxco y los dientes"¹⁹. O, más recientemente, podemos seguir la escalofriante descripción que da Landberg de una mutilación (en Arabia, fines del siglo XIX): "Si alguien roba cualquier cosa, se le corta la mano del siguiente modo: se ata un cordel a dos de sus dedos y se tira de él hasta que la articulación se descoyunta. Otro se acerca entonces y le corta la mano con un machete. Tras

¹⁴ P. de Andagoya, *Relación y documentos*, Ed. de A. Blázquez, H^a 16, Madrid, 1986, p. 139 y P. Cieza de León, *El señorío de los incas*, Ed. M. Ballesteros, Madrid, 1985, p. 141, 224.

¹⁵ Ibn Battūta, *A través del Islam*, Alianza, Madrid, 1987, pp. 492, 570, 572, 573.

¹⁶ Al-Wanšarīsī, *al-Mi'yār al-mu'rib wa-l-yāmi' al-mugrib 'an fatāwī ahl Ifriqiyyā wa-l-Andalus wa-l-Magrib*, Rabat, 1981-1983, 13 vols.

¹⁷ C. Pérez de Herrera, *Amparo de pobres*, Espasa-Calpe, Madrid, 1975, p. 118.

¹⁸ A envenenador confeso (siglo XVII): "Le dieron cien azotes en la cárcel, a un poste y cortaron los dedos de cada mano con que polvoreaba el solimán" (A. de Contreras, *Vida del capitán A. de Contreras*, Alianza, Madrid, 1967, p. 189).

¹⁹ "Vida y trabajos de J. de Pasamonte (Autobiografías de soldados del siglo XVII", *BAE*, vol. 90, Madrid, 1956, p. 15; y en la misma obra (p. 16): "rompiéronle (los turcos) los brazos en dos partes y las piernas en otras dos, y le dejaron tendido en aquella arena, llamando a Dios con alaridos. Un renegado, a media noche, lo degolló y el patrón se holgó."

cercenarla se mete el muñón en aceite de sésamo hirviendo para que no huelga mal. Se le cuelga la mano cortada del cuello y se le expulsa de la comarca"²⁰.

Ejemplos similares pueden achacarse a cualquier sociedad o comunidad históricamente diferenciada, por tanto es injusto individualizar en una nación, o en una "raza" o bloque cultural, la culpabilización por hechos de este jaez, pudiéndose introducir distinciones comparativas sólo por la magnitud, el volumen de los mismos, no por su condición o naturaleza esencial. Y la cantidad difiere no por superiores actitudes éticas sino por carencia de medios materiales o técnicos que permitieran inferir mayores daños al contrario, al sometido.

Y pasando de los pequeños crímenes particulares a las grandes iniquidades que duraron siglos e implicaron a millones de hombres, tampoco el panorama es muy distinto. Uno de los casos más conocidos, por desgracia, es la trata de esclavos -tan explotada por el cine y los medios de comunicación actuales- cuyo modelo es, sin duda, la puesta en marcha de la economía colonial americana, a base de secuestrar y trasladar violentamente a grandes contingentes de negros, a manos de comerciantes portugueses, ingleses, holandeses, franceses, españoles, etc. La condena moral que exige tal política sistemática practicada durante un largo lapso temporal no debe obnubilarnos hasta el extremo de ignorar que la esclavitud ha existido en todas las latitudes o que si subsiste hoy en día, aunque encubierta, es precisamente en países musulmanes. Pero, sobre todo, no debe olvidarse que mientras los barcos negreros europeos recalaban en el Golfo de Guinea, las costas orientales de Africa -y desde muy antiguo²¹- y los pedregales del Sahara eran testigos de idéntico tráfico vergonzoso en dirección a los países árabes y el imperio otomano. Si el número de esclavos "exportados" con ese destino tal vez fue menor, se debió a la inferior demanda (por necesidades económicas menores), no a consideración moral ninguna. Consideración moral que podría verse agravada por una práctica inexistente en la trata americana: la fabricación, masiva, de eunucos mediante castración o, incluso, mutilación completa de los genitales.

²⁰ Landberg, C. de, *Études sur les dialectes de l'Arabie Meridionale*, Brill, Leiden, 1905, II, p. 73; sobre el mismo castigo (en Marruecos, 1791) puede verse Potocki, *Voyages en Turquie et en Egypte, en Hollande et au Maroc*, Fayard, París, 1980, I, p. 265.

²¹ La gran revuelta de los *zany* en las marismas y salitrales del sur de Iraq en el siglo IX ilustra bien la explotación inhumana a que se sometía a grandes masas de esclavos negros y no precisamente a manos de plantadores brasileros o mineros de Potosí. Sobre ello ver al-Tawhīdī, *Kitāb al-Imiā' wa-l-mu'anasa*, I, 18:71, 2:74, 9:77, 9:212, El Cairo, 1373 H. (1953), ed. A. Amīn y A. al-Zayn; y también al-Tabarī, *Ta'rīj ar-rusul wa-l-mulūk*, El Cairo, 1969, ed. M.A. Fadl, IX, 410, 470, 477, 504, 5.

Sin embargo, no fueron los comerciantes "occidentales" u "orientales" los únicos responsables del desastre y preciso es recordar que la captura y posterior venta de negros, tanto en África Occidental como en la Oriental y Central, sólo fue posible por la participación, colaboración y enriquecimiento de los jefes negros locales. No fueron los negreros ingleses u holandeses, los sirios, egipcios o sudaneses del norte, ellos solos, quienes raptaron o adquirieron a millones de personas durante cuatro siglos largos. Las guerras intertribales, el secuestro y la venta voluntaria de hijos por parte de los padres fueron las fuentes de que se nutría el infame comercio europeo y árabe-otomano²², aspecto del problema sistemáticamente ignorado por los tercermundistas platónicos o por los mismos habitantes actuales de los países que sufrieron la trata, quizás por la dificultad de responsabilizar a personas concretas que, no obstante, existieron; tal vez por ser más fácil globalizar la culpabilidad y sacarla fuera, con lo que los grupos dominantes locales quedan eximidos de rendir cuenta ninguna por los actos de sus antepasados y de modo contrario a como se exige a los "descendientes", o herederos morales, de los europeos que intervinieron en la trata. Un sentimiento noble puede inducir a ponerse, en nuestros días, del lado del débil (el emigrante marroquí en Francia, v.g.) pero ¿es esa la situación del marroquí acomodado que en su país, explota y maltrata a sus propios compatriotas? ¿Merecen solidaridad las oligarquías árabes, o "tercermundistas" en general, cuyo único argumento histórico consiste en recordar nuestras culpas pasadas mientras silencian, descarados o cínicos, la alianza real que mantienen -y contra sus propios pueblos- con las potencias ex-colonizadoras dentro del marco de las independencias, ficticias, operantes desde la descolonización?

No parece razonable emitir veredictos sobre grupos humanos en bloque, como si el concepto "marroquí", o "árabe", o "negro" representase a una comunidad homogénea. El colonialismo desalmado que se abatió sobre África, Asia e Iberoamérica en el siglo XIX y arrasó pueblos enteros se correspondía con el desarrollo capitalista interno de las potencias europeas, por igual despiadado con sus propios ciudadanos. Por no salirnos del tema no insistiremos más en esta dirección. Pero es que también el colonialismo encontró en los países "protegidos" o colonizados, clases explotadoras con las cuales frecuentemente se alió, según los diversos grados posibles de desarrollo social

²² Sobre modos de adquisición de esclavos, ver pgs. 15-19, en E.R. Toledano, *The Ottoman Slave Trade and its Suppression*, Princeton, Univ. Press; también sobre el comercio de esclavos entre Sudán y Egipto en época otomana, ver Raymond, A., *Artisans et commerçants au Caire au XVIII siècle*, I, p.157-164, Beirut, 1974; y Raymond, A.-Wiet, G., *Les marchés du Caire*, p. 223-229, París-El Cairo, 1979, IFAO.

que presentaban esos países. Y carece de rigor histórico y de seriedad argumentativa desconocer las responsabilidades que sobre esos grupos recaen.

Nosotros, arabistas, no podemos avalar de modo global la historia y cultura árabes, sin matizaciones. Y no digamos la "tercermundista". Como si tratáramos con una sociedad perfecta y exenta de manchas, cuando la observación nos muestra la presencia de prejuicios y abusos idénticos a los que condenamos entre nosotros. Los enfrentamientos entre naciones, o etnias, son fáciles de documentar: los prejuicios transmitidos de generación en generación no se detienen, ya se trate de la "estupidez" ajena²³, la cobardía²⁴, el mero asco²⁵, la suciedad²⁶. El choque se da entre sectores sociales diversos²⁷ o con comunidades religiosas o raciales minoritarias, tal como la judía²⁸. Y sin que hayan faltado los teóricos (abundantes) de la pureza -y superioridad, por supuesto- de la "raza" árabe: "En tí se pone de manifiesto el contagio: te corrompió algún mestizaje"²⁹. Misma pretensión repetida siglos más tarde en el otro extremo del mundo musulmán: "Es un hombre leal. Salido de una raza de valientes cuya sangre nunca se ha mezclado con una raza extranjera"³⁰. Se llegó a la falsificación de *hadītes* del Profeta para justificar la superioridad de pueblos, naciones, etnias o hasta ciudades (persas, Fars, Merv)³¹. O su inferioridad. Filósofos como Dirār b. 'Amr al-Gaṭafānī y Ṭumāma b. Ašras

²³ Ver v.g., en la cuentística popular argelina relatos que muestran bien el fenómeno (Moulićras-Lacoste, *Légendes et contes merveilleux de la Grande Kabylie*, París, 1965, p. 347, 523, 534).

²⁴ Cuentos del Sahara Oc. tienden a justificar la "merecida" esclavitud que padecen los negros, por ejemplo J.A. de Marco, "Análisis de los cuentos escuchados entre los Erguibat", *Almenara*, 7-8 (1975), p. 222-228.

²⁵ Repulsión hacia los negros que sienten los árabes (Marcel Devic, L., *Le pays des Zendjs ou la Côte Orientale d'Afrique au Moyen-Age*, París, 1883, rep. Amsterdam, 1975, p. 132).

²⁶ Ibn Battūta, *A través del Islam*, p. 344.

²⁷ "El beduino envidia al sedentario; también procura vengarse de él en nombre de antiguas tradiciones. Al llegar a la cosecha los beduinos dejaron en paz a la gente por el escaso provecho que había ya en insistir en tales prácticas" (en 1799, al-Ġabartī, *Ta'rij 'ayā'ib al-āṭar fi-l-tarāyim wa-l-ajbār*, II, p. 351, Beirut, s.d.).

²⁸ Sobre prohibiciones y discriminaciones a cristianos obligándoles a vestir de negro o azul, ver Ġabartī, II, 481; o sobre prejuicios antijudíos ver Ibn Battūta, p. 393, llegándose a la interdicción de montar en mula en ciudad poblada por musulmanes (ver Potocki, *Voyages*, I, p. 172).

²⁹ Al-Ġāḥiẓ, *Libro de los avaros*, p. 211, Madrid, 1984.

³⁰ Guichard, P., *Al-Andalus*, citando *al-Muqtabis*, Barral, Barcelona, 1986, p. 213.

³¹ Ver Goldziher, I., "The Shu'ūbiyya", *Moslem Studies*, Londres, 1967, I, p. 157.

abrazaron la causa de la defensa de los nabateos y de su superioridad sobre los árabes. Al-Ŷāhiz mismo fue acusado de seguir a los *dirārtēs* por haber reproducido sus opiniones en el *Kitāb al-ḥayawān*³². La sociedad árabe -y musulmana en general- no ha estado a cubierto de tales desviaciones del comportamiento humano, desviaciones que en ella no son más vituperables que en otras. Pero tampoco menos.

Mucho nos tememos que -en el caso de quienes son sinceros, J. Goytisolo, v.g.- la defensa a ultranza, ciega y sorda, de los "tercermundistas"³³ no sea sino una escapada, moral al menos, de nuestra propia sociedad, insolidaria, alienada y aburrida como es; cocida en su vulgaridad y rutina. Huída inobjetable, tanto como ejercicio de la propia libertad como por venir motivada por el rechazo a unos hábitos indefendibles en muchos órdenes. Estaríamos pues, ante una reedición actualizada de la búsqueda del Buen Salvaje, sobre el cual se proyecta de modo imaginario el reverso de nuestras lacras: cuanto en nosotros es defecto o vicio, en él se trueca en conmovedora virtud. Sin comprender que al convertirlo en arquetipo lo estamos deshumanizando, mientras nos alejamos a velas desplegadas de la tierra firme de la realidad. Y movidos por una esperanza, casi religiosa, de encarnar en otros seres humanos el mundo ideal que no supimos o no sabemos crear y poblar.

³² Goldziher, Ob. cit., p. 145-6.

³³ Insistimos en la incorrección de esta denominación: no sólo es vejatoria, también aún ambigüedad e incorrecciones varias.

